



CERVANTES

REVISTA LITERARIA

ÓRGANO DE LOS CERVANTISTAS ESPAÑOLES

FUNDADOR

D. JOSÉ MARÍA CASENAVE

DIRECTOR

D. M. TELLO AMONDAREYN

REDACTORES

D. Enrique G. Moreno. — D. Enrique Olaiz. — D. Eduardo Malvar. — D. Javier Soravilla.
D. José de Elorza é Izuel.

COLABORADORES

Afaba y Fernandez (D. Leopoldo).
Alvarez Espino (D. Romualdo).
Alvarez Sereix (D. Rafael).
Anguita (D. José María).
Asensio (D. José María).
Ayala (D. Adelardo Lopez de).
Balagner (D. Victor).
Bas y Cortés (D. Vicente).
Borao (D. Jerónimo).
Blasco (D. Cosme).
Burell (D. Julio).
Canga-Argüelles (D. Diego).
Cañete (D. Manuel).
Cabezas de Herrera (D. Juan).
Cabezas (D. Fernando).
Casenave (D. Federico).
astro (D. Adolfo de).

Castro y Artacho (D. Ramon de).
Cervera Bachiller (D. Juan).
Diaz-Benzo (D. Antonio).
Doctor Thebussem.
Escalera (D. Evaristo).
Fernandez Guerra (D. Aureliano).
Fernandez de Castro (D. José).
Fernandez Grilo (D. Antonio).
Fuentes Mallafre (D. Eduardo).
Fuentes Mallafre (D. Luis).
Garcia Canedo (D. Evarista).
Garcia Carballo (D. Federico).
Gonzalez de Autauri (D. Ascension).
Gonzalez Llana (D. Félix).
Hartzenbusch (D. Juan Eugenio).
Hernandez y Alejandro (D. Fed.º).
Mainez (D. Ramon Leon).

Moreno Lopez (D. Jacobo).
Moriel (D. Antonio).
Palacio (D. Manuel del).
Pardo de Figueroa (D. Mariano).
Pascual y Cuellar (D. Eduardo).
Peñaranda (D. Carlos).
Perez Echevarria (D. Francisco).
Pereira (D. Aureliano J.).
Pina (D. Santos).
Retes (D. Francisco Luis de).
Sanchez del Arco (D. Domingo).
Sellés (D. Eugenio).
Sobrado (D. Eduardo de).
Tello Amondareyn (D. Joaquin).
Tejon (D. J.).
Torrijos (D. Antonio).
Urmeneta (D. Fermin de).

SUMARIO.

Ecos de la semana, por el Baron de Orella. — *Notas inéditas á la edicion foto-tipográfica del DON QUIJOTE*, por D. Juan Eugenio Hartzenbusch. — CULTO A CERVANTES: *Carta de D. Quijote á los almerienses admiradores de Cervantes*, por don Juan Belver. — *A los poetas españoles, exhortándoles á cantar la gloria de Cervantes*, por don Antonio Rubio. — *El canto de los poetas*, por don Evaristo Escalera. — ALBUM POÉTICO: *Más allá*, por D. Carlos Viera de Abreu. — *Miradas*, por don Santos Pina Guasquet.

ECOS DE LA SEMANA.

No sabemos si afortunada ó desgraciadamente hemos recogido en la presente semana una buena cosecha de noticias, las cuales comunicáramos á nuestros lectores, sin dejar una sola en el tintero, si muchas de ellas no presentáran un carácter indigesto; así, pues, nos contentaremos con hacernos eco de aquellas que muestren mayor carácter de bondad, hasta cierto punto, tales como las de bodas, banquetes, estrenos de obras dramáticas, etc., etc., y de otros varios acontecimientos que verá el curioso lector, y cuyos *ecos* han llegado en nuestro auxilio, prestándonos argumento suficiente para confeccionar nuestra revista semanal.

Hé aquí uno de los ecos llegado hasta nosotros, el cual, si la frase nos fuera permitida, nos atreveríamos á darle el título de *sobrenatural*. Hemos oído decir: «Los panaderos tienen conciencia;» esto que en un principio nos pareció un eco mal sonante, lo vemos confirmado por *La Correspondencia*; no es mucha garantía... pero en fin, nos asegura que los tahoneros se han presentado á nuestro alcalde primero ofreciendo rebajar dentro de breve término el pan nuestro de cada día... Dánosle hoy barato, respondemos nosotros, que mañana Dios dirá.

Menudean las bodas que es un primor: vemos con gusto que los hombres van desechando sus retrógradas ideas respecto del matrimonio. Tenemos noticia de más de veinte matrimonios que se llevarán á efecto tan pronto como el tiempo lo permita; pero como todavía no son un hecho nos abstenemos de publicarlas, consignando por ahora las ya efectuadas, cual son la de nuestro particular amigo, D. Nicolás Acero, promotor fiscal de Haro, con la simpática señorita D.^a María Ponce de Leon y Montoya, y la de D.^a Teresa Peyroné con D. Carlos Velasco. Dios bendiga su enlace y colme á los novios de felicidades.

Es una gloria vivir en Madrid; porque Madrid es el *pueblecillo* donde mejor se pasa la vida. Su brillante oropel nos deslumbra, hasta el punto de ocultarnos toda la triste verdad, toda la miseria que oculta en su fondo... pero dejémonos de filosofías y prosigamos; decíamos que la vida de Madrid es una gloria; recepciones aquí, bailes allí, espectáculos acá y acullá; díganlo si no los periodistas. Como todas las semanas, se reunieron la presente en en el café Inglés, reinando entre todos la mayor cordialidad, y de cuyo establecimiento salieron sumamente complacidos, así como del banquete conque fueron obsequiados el día 3 por el señor Molina, dueño del nuevo café de las Antillas, con motivo de la inauguración del local anteriormente café de Levante y Recreo. Los periodistas no pueden estar descontentos, aparte de los disgustos que la política les proporciona; su vida es un idilio... aprovechan la ocasión de comer, por aquello de que los duelos con pan son ménos.

¿Conque D. Carlos se encuentra en Méjico, y ha sido recibido por sus secta-

rios con entusiasmo, y tiene el propósito de buscar un trono en América?

Nosotros nos atreveríamos á aconsejarle que le buscara en Africa, porque de otro modo pudiera suceder fuese una segunda edicion del emperador Maximiliano. Nos alegraríamos... que no le ocurriese cosa mayor.

Y ya que de emperadores hablamos, tenemos que rectificar un eco de nuestro número anterior. Al sultan Abdul-Azzeiz no le ha estrangulado nadie; segun unos, él solo se ha abierto un ojal en la yugular; segun otros, ha sido envenenado... el caso es que entre todos le mataron y que él solo se murió. Ha dejado un pequeño capital el pobrecillo, 300 millones de francos. Habrá preferido suicidarse á morir en la indigencia. El último parte recibido de Constantinopla asegura que el difunto ha suspendido su viaje á España por haber ido á visitar el otro mundo. Que allá nos aguarde muchos años.

Un eco desagradable ha llegado hasta nosotros. Cierta confitero ha aumentado el número de las víctimas del viaducto. El desgraciado *artista* no pudiendo sufrir las *amarguras* de la vida, se ha entregado en los *dulces* brazos de la muerte. ¡Desgraciado! Séale la tierra lijera.

Cada dia aumentan los tributos de admiracion que se rinden al autor del *Quijote*. No es solamente en Madrid; Cádiz, Sevilla, cuantas poblaciones se precian de ilustradas, se apresuran á honrar como se merece nuestro inmortal Cervantes.

En Alicante, varios jóvenes entusiastas han concebido la idea de fundar una so-

ciudad titulada *Juventud Cervantista*, y el próximo domingo 11 tendrá lugar la apertura. Preside la asociacion nuestro distinguido amigo é ilustre director de *El Albul poético* D. José Milago é Inglada.

En el próximo número nos ocuparemos más estensamente de esta nueva solemnidad que en honor de Cervantes ha de llevarse á cabo.

Dos obras dignas de mencionarse se han estrenado en la presente semana, una en el teatro de la Comedia y otra en el mal titulado de la Infantil, pues nada tiene este templo del arte (!) de teatro, y mucho menos de infantil. En el primero, el juguete *No contar con la huésped*, de los señores Fuentes y Alcon, que fué muy bien recibido por el público, y en el segundo, *La cabeza y el brazo*, de D. Pedro Marquina... ¡pobre Marquina!... Cuán preferible es una silba en un *teatro*, que un aplauso en la Infantil. Pero Dios te entera y tú te entenderás.

El director de escena de los Jardines del Buen Retiro, pide obras á todos los autores de Madrid; digo, qué esperanzas tendrá en nosotros; y las admitirá todas... ya... te veo...

Ha llegado desde Cuba á nuestra redaccion un eco que nos ha colmado de satisfaccion, tanto por lo que nos honra como por lo alto que habla en favor de don Isaac Moreno Lopez, oficial primero de la Intendencia militar de aquella isla. En carta dirigida á su señor hermano D. Jacobo, nuestro particular amigo, no solo nos promete honrarnos con su colaboracion, sino que entre otros ofrecimientos á los que le quedamos reconocidos, con-signa que es tanta la admiracion y profundo cariño que le inspira la memoria del manco de Lepanto, que *respet*a, *admira* y *aprecia* sinceramente, sin cono-

cerle, al Sr. Casenave, que además de haberse distinguido justamente en su carrera, se distingue también como entusiasta propagandista de esa especie de *culto* que *muchos* tributamos al insigne autor del *D. Quijote*,» y añade después de hablar sobre sus *modestísimos* trabajos literarios «me obligo, suscribo y comprometo (si para ello valiere y sirviere) á ser corresponsal administrativo y *gratuito* sin aceptar tanto por cierto, retribución ni cosa que lo valga, de esa publicación (1) en esta isla.»

Reciba nuestro reconocimiento y las más expresivas gracias el Sr. D. Isaac Moreno Lopez, del cual aceptamos muy gustosos sus escritos, con los cuales honraremos las columnas de nuestro semanario.

*
**

Hemos recibido el elegante *Album* con que la *Asociación Cervantista* de Cádiz ha conmemorado el aniversario CCLX de la muerte del Rey de nuestros ingenios. Forma un precioso volumen de más de 130 páginas, en el cual figuran las firmas de los más ilustrados literatos de nuestro país, y tanto por sus condiciones literarias como tipográficas, honran sobremanera á la ilustrada sociedad que le ha dado á luz.

Y acabándose la nuestra hacemos punto hasta la próxima revista.

El Barón de Orella.

8 Junio 76.

NOTAS INÉDITAS

Á LA EDICIÓN FOTO-TIPOGRÁFICA
DEL

DON QUIJOTE.

XXXV.

Segunda parte, folio 67, primera página, al fin:

(1) Se refiere á nuestra Revista.

«Un amigo, y discreto..... era de parecer que no se había de cansar nadie en glosar versos.»

El Sr. D. José Luis Munárriz sostuvo que debió decirse *un amigo mío*. Pudo tener razón el Sr. Munárriz, y acaso no la tendrían las muchas personas, no nada incultas á quienes he oído decir desde niño: «*Un amigo* me ha hecho este favor; me ocupó en estas diligencias por servir á *un amigo*.» Los que hablaban así, y los que lo oíamos, suplíamos mentalmente el adjetivo sin dificultad. ¿No es ésta una elipsis lícita, comprensible, harto frecuente?

XXXVII.

Segunda parte, folio 73, primera página, líneas 12 y siguiente:

«Oyeron asimismo confusos y suaves sonidos... como de flautas, tamborinos, salterios, albogues, panderos y sonajas....: *los músicos eran los regocijadores de la boda*.»

Los regocijadores de la boda no sólo eran *músicos*, sino también *bailarines* y *cantores*, como se dice un poco más abajo; y así parece que se debe leer: «*Las músicas eran de los regocijadores de la boda, que..... andaban..... unos bailando, otros cantando y otros*» tocando la diversidad de los referidos instrumentos.

XXXVII.

Segunda parte, folio 82, primera página, líneas 8 y siguientes del capítulo 21.

«Y como Sancho uió á la novia, dijo: A buena fé, que no viene vestida de labradora, sino de garrida palaciega. Par diez que, según divisó, las patenas que había de traer, son ricos *corales*.»

Los *corales* no eran adorno de palaciega, sino de labradora: *corales* ha de ser errata, en lugar de *joyeles*.»

XXVIII.

Segunda parte, folio 89 vuelto, al fin del capítulo 22.

«Merendaron y cenaron, todo junto.»

No fué así: D. Quijote cenó en la venta donde ocurrió la exposicion y destrozo del retablo de Maese Pedro: *comieron y merendaron* se debiera leer aquí. Escribiría Cervántes *merendaron y comieron* (esta última palabra no muy legible), y el cajista que leyó *merendaron*, dijo para sí: «después de merendar, la comida que se hace es la *cena*.» Pero cuando se escribe *merendaron y comieron todo junto*, bien se puede nombrar la merienda ántes que la comida. Así escribió Cervántes en el capítulo 33 de la primera parte, *joyas que darla y que ofrecerla*, por más que dar sea ya de suyo más y suela ser después que ofrecer.

XXIX.

Segunda parte, fólío 93, primera página, líneas 4 y siguientes:

«Si querían agua..... se la daría de muy buena *gana*. Si yo la tuviera de agua, respondió Sancho, pozos hay en el camino, donde la hubiera satisfecho.»

Dice el Sr. Clemencin en nota á este trozo: «Esto es, si la sed que tengo, fuera de agua. Aquí se suple *sed*.»

No es *sed* la palabra que hay que suplir, sino *gana*, y esta *gana* es de *beber*, la cual verdaderamente equivale á *sed*; aunque la palabra *sed* no está entre las que preceden. Se dirá, y con razon, que es el nuestro un escrúpulo excesivo, y que no merece repararse en él: es verdad; pero así son muchos de los reparos que hace el Sr. Clemencin. Quizá se pueda de alguno de los nuestros decir otro tanto.

XL.

Segunda parte, fólío 115, vuelto, al fin, y fólío 116 al principio:

«Siempre estaré al servicio vuestro y al de mi señora la Duquesa, digna consorte vuestra.»

Sobre esta cláusula de Cervántes, dice

en nota el Sr. Clemencin: «¿De dónde sabía D. Quijote que era ni Duquesa ni consorte de la persona con quien hablaba? Sólo Sancho pudiera decirlo, y Sancho tampoco lo sabía.»

La Duquesa había dicho á Sancho: «Decid á vuestro señor que venga á servirse de mí, y *del Duque*, mi marido.» Sabía, pues, Sancho que aquella señora era *consorte de un Duque*. Pudo Sancho decírselo á su amo, porque expresa Cervántes que Sancho volvió y contó á su amo lo que la señora le había dicho; y pudo conocer D. Quijote quién era el Duque, porque le vió apearse, y esperar á recibirle, después de haber mandado á sus criados que socorriesen á D. Quijote, caído en el suelo, y de haber D. Quijote oído decir al Duque: «me pesa que hayais hecho mala figura entrando *en mi tierra*.» Solo el Duque podía hablar así; solo á él correspondía ir á abrazar á D. Quijote. No hay descuido de Cervántes aquí.

(Se continuará.)

CULTO A CERVANTES.

Carta de D. Quijote á los Almerienses admiradores de Cervántes.

Yo, D. Quijote de la Mancha, el famoso caballero gloria y préz de la castellana tierra, á vosotros, Urcitanos amantes del saber y de las pátrias glorias, salud.

Aquí, en el empíreo cielo, á donde la bondad de Dios, mi virtud preclara y mis ínclitas hazañas me trujeron; aquí, donde todo lo bueno y honesto tiene un eco, corrió no ha muchos días la noticia, y esta hasta mí llegó de que os reuniais hoy con el laudable fin y noble intento de honrar la memoria del coronista inmortal de mi épica y caballeresca vida. Y vive Dios que es justo vuestro acuerdo, que haceis bien y que, al hacello, obráis como buenos.

Ya lo veis; imparciales vosotros lo afirmáis: mi vida no tiene igual, sin par son mis raras aventuras y mis heroicos hechos. Espejo fuí de la caballería andante, yo la dí re-

nombre eterno, por mí pasó á la posteridad, por mí la recuerdan y conmemoran los hombres de todas las edades. ¿Qué fueron ante mí todos y cada uno de los caballeros mis predecesores? ¿Qué son, con las mías comparadas, las hazañas y atrevidas empresas de los Lanzarotes, los Amadis de Gaula, los Baldovinos y Rolldanes? ¿No eclipsé yo la fama de su ínclito fundador el rey Arturo y de aquellos esforzados héroes llamados los doce pares? Yacen hoy sus restos en completo olvido, apenas si recuerda sus nombres algun aficionado á las antiguas corónicas, ó el que por deber de su ministerio, tiene por natural obligacion el conocer la tradicion y la historia. ¿Pero y mi nombre? ¿y mis hechos? ¿y mis empresas? ¡Ah! salvaron el tiempo y el espacio, y no hay en la tierra pueblo alguno que no estime y admire á D. Quijote; y la corónica de mi vida, traducida á todas las lenguas, es tan universalmente conocida, que el sabio como el ignorante, el magnate lo mismo que el plebeyo, hasta la mujer y el niño narran y recitan y comentan sus episodios, y si no al mármol, trasladados fueron estos al bronce y á los lienzos. Y los siglos al sucederse, cuanto son más cultos, mejor aprecian y más estiman mis hechos, y mi historia.

Mi valor. Prueba dél pueden dar los follones malandrines á quienes rompí de un fendiente la cabeza, por haberse atrevido á tocar las armas que velaba; ó el feroz vizcaino á quien dejé semi-cadáver en el campo; hablar pueden dél los yangüeses con quien entré en ruda y desigual batalla. Y no con hombres luchara únicamente; mi árdua empresa, la quimera que agitaba mi mente, llevóme á luchar con monstruosos gigantes de enormes y descomunales brazos, que pretendian aterrarme con sus vertiginosos movimientos, pareciendo que furioso Aquilon los agitaba: sereno el ánimo y fuerte el corazon, dispuesta la rodela y la lanza en ristre, arremetí con ellos, sin que me importase el rodar *muy mal trecho* por el campo, rodando conmigo mi noble y famoso Rocinante.—Eran molinos de viento, como otras veces fueron cueros henchidos de vino ó pacíficos rebaños; ¿mas qué importa? Gigantes mónstruos los juzgó mi desvarío, perfecta realidad tuvieron para mí;

embestí á gigantes, prueba dí de esforzado.

Mis amores. Yo amé la virtud, la gentileza y la hermosura de mi dama, con ternura sin igual, con culto cuyos ribetes de idolatría inquietaron alguna vez mi espíritu cristiano. Pocos fueron tan finos, tan fieles, tan rendidos amantes cual lo fuera yo. Pocos tuvieron mi constancia; pocos sufrieron ni hicieron tanto por sus amadas; pocos amores fueron tan ideales, tan puros, tan platónicos. Y cuenta que, como sabeis, «era su hermosura »sobrehumana, sus cabellos oro, su frente »campos Elíseos, sus cejas arcos del cielo, »sus ojos soles, sus megillas rosas, sus lábios »corales, perlas sus dientes, alabastro su »cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, »su blancura nieve, y las partes que á la vista »humana encubrió su honestidad, eran tales, »según yo pensaba y entendía, que solo la »discreta consideracion podia encarecerlas y »no compararlas.»

Mi locura. Extraña demencia que cautivó al mundo: dióme por lo grande, por lo noble y por lo bueno; por desfacer agravios y enderezar entuertos y defender al débil y oponerme al fuerte, sin que jamás negase mi proteccion y amparo ni al débil niño, ni al desvalido anciano, ni á la doncella púdica y cuitada.

Así cunde mi nombre; así obtienen eterna fama cuantos seres y objetos tuvieron conmigo contacto ó relacion. ¿Quién al pensar en la señora de su albedrio, no trae á sus labios el nombre de mi Dulcinea? ¿Quién, que llorando ausencias, fija su mente en el lugar do su querida mora, no piensa en el Toboso? ¿Quién al recordar tiempos más felices y suspirar por ellos, no trae á la memoria los bellos conceptos y la galana frase con que pintaba yo la edad de oro á los generosos cabreros que tan franca hospitalidad me otorgaron, y que eterno bien hayan por ella, por su sencillez y por sus virtudes? ¿Quién, que de escuderos trate, no ha de ver el principe de ellos en el inmortal Sancho Panza, mi eterno contraste, absoluta realidad en oposicion eterna á mi absoluto desvarío, antítesis sublime, y sin embargo verdadero y necesario complemento de mi aventurera vida, hasta el punto de no poder concebirse hoy á D. Qui-

jote sin Sancho ni á Sancho sin mí? ¿Y quién al tratar del arte por demás difícil de dirigir á los pueblos, no sonríe recordando el gobierno de Sancho en la Barataria insula? ¿Y quién, por último, no conoce mi discurso sobre las armas y las letras, mi razonamiento sobre los linajes y mis consejos á Sancho sobre el bien gobernar y la recta administración de la justicia? ¿A quién no admiran, en un tan rematado loco, tan cuerdos y elevados y justos pensamientos? ¿Y á quién no pasma que fueran espresados con tanta lucidez, con tan pura dición y con tan elegante frase? ¿Y quién ha podido olvidar las ventas que yo hice de famosos castillos, ni las *recatadas* mozas del partido, á quienes hice damas y aun *doncellas*, ni al famoso Caco que me apadrinara y cuyas hazañas fueron asombro de «los Percheles de Málaga, el Compás de Sevilla y las Ventillas de Toledo, haciendo entuertos, recuestando á viudas, engañando pupilos y deshaciendo doncellas?»

Y al fin Dios tuvo piedad de mí, que antes de pagar á la muerte el obligado tributo, recobré la razon y morí cuerda y cristianamente. Conocido es mi testamento.

Morí, y mi ventura trújome al cielo; se escribió mi historia, llegó aquí un ejemplar, vino este á mis manos, y con pena, cuasi con miedo, comencé su lectura. Pero bien pronto ideas muy diferentes tranquilizaron mi espíritu: leí con afán, con avidez, que cuanto más leía tanto mayor era mi complacencia, y al concluir bendije mi locura, y bendije á Cervantes. Su libro, su inmortal carcajada, me convenciera de que gracias á él no volverían á existir en la tierra locos de mi jaéz, que habia muerto la andante caballería, que yo fuí el último de sus mentidos héroes.

Leed, leed una y mil veces ese libro que há tiempo es vuestro orgullo, y hace vuestras delicias; admirar su intencion profunda, su inmensa trascendencia. Honrad la memoria de su autor, tributadle el merecido culto; aumentad su renombre y acreced su fama, si posible es aún, que al intentarlo asegurais la vuestra de buenos y entendidos. Tejedle coronas de eterna siempreviva; que vuestros poetas pulsen sus liras y le canten en armoniosos alejandrinos y cadenciosas silvas; que

marquen y encomien las mil bellezas de su obra vuestros críticos; que vuestros literatos se lamenten con elegiaca frase de las desventuras del génio, de la existencia mísera, de la triste y por demás angustiosa vida del Manco de Lepanto; que condenen con dura y enérgica palabra la ingratitud de sus contemporáneos, el estúpido olvido en que le tuvieron, la criminal indiferencia con que miraron—¡oh vergüenza!—su estrechez y su miseria. Sí, decid mucho en su alabanza; loor eterno á su númen, que bien lo merece el que tan bien pinta las flaquezas del hombre, y, para volverle mejor, tan fielmente le retrata.

Me despido de vosotros, Urcitanos; pero antes bendigamos á Dios: bendigamos á Dios, que así sublima el humano espíritu enriqueciéndole con tesoros de ciencia y sentimiento: bendigamos á Dios, que crea el génio y da la inspiracion, y dicta á sus elegidos las inmortales obras que á la humanidad mejoran, luminosos faros que la encaminan por los senderos del bien, por las vias de lo recto, de lo justo y de lo bello.

DON QUIJOTE.

Juan Belver.

A LOS POETAS ESPAÑOLES

EXHORTÁNDOLES

Á CANTAR LA GLORIA DE CERVANTES.

Venid, musas divinas, del Pindo habitadoras, entre el fulgor dorado de vuestra luz venid, dejando en los espacios estelas tembladoras, y el polvo de las arpas y cítaras sonoras con júbilo en los aires azules sacudid.

Venid, hijos del arte; con arrogante vuelo cruzad el infinito; de vuestro génio en pos, y desde el ancho limite del estendido cielo volad, volad audaces con fervoroso anhelo, bañándoos en la llama con que os inspira Dios.

Vosotros, que á las áuras robásteis el murmullo, el eco á las tormentas, el ronco grito al mar, al pájaro inocente el trino ó el arrullo, sus tintas sonrosadas al alba y al capullo, y al sol los resplandores que vierfe al asomar:

Vosotros, que el salterio pulsais de los profetas; el porvenir mostrando con célica intuicion, vosotros, venturosos, magnánimos Poetas, que retratais del orbe las armonías secretas, con los pinceles mágicos que os da la inspiracion:

Vosotros, que el espíritu lleváis á las regiones
donde los astros vibran su espléndido fulgor,
y allí, surcando espacios de inmensas extensiones,
vais desgarrando audaces los místicos crespones
que ocultan á los hombres la gloria del Criador:

Vosotros, que pintáis los íntimos conciertos
que funden el espíritu con la materia vil,
y ora lanzáis el alma por áridos desiertos,
ora brotar haceis en corazones muertos
las aromadas flores del mágico pensil:

Vosotros, cuyo acento sublima y diviniza
cuanto el Eterno crea, cuanto en el mundo es,
y cuya voz la sombra del sér immortaliza,
que, *«siendo solo un vano puñado de ceniza,»*
escala el infinito del éter á través:

Venid, no ya los céfiros amantes de las flores
cuando besando pasan su cáliz virginal,
ni los sentidos trinos de amantes ruseñores,
ni del zagal campestre los cándidos amores,
ni del arroyo nítido la linfa de cristal:

Ni el humo que lejano de la floresta sube,
donde el amor se alberga en plácida mansion,
ni el rayo de la luna quebrándose en la nube,
é iluminando pálido el rostro del querube
que inspira á vuestro pecho sublime adoracion.

Ni el gótico castillo, perdido en la espesura,
donde la esclava misera defiende su virtud,
ni el trovador, que en noche fatídica y oscura,
al pié de las almenas, sumido en amargura,
gemidos melancólicos arranca á su laud.

Ni el grito de la madre, que mira desolada
al hijo, por quien vive, de pronto perecer,
ni el bárbaro tormento de huérfana angustiada,
cuando se inclina al féretro del padre, enagenada
dando á sus secos párpados el ósculo postrer.

Ni el vértigo amoroso de la revuelta danza,
ni del festín alegre la plácida expansion,
ni el éxtasis del alma sumida en la bonanza,
ni el pecho rebosando la dicha y la esperanza,
ni el goce que realiza soñando la ilusion.

Ni el templo, cuyas cúpulas enlazan tierra y cielo,
ni el coro de las vírgenes orando ante el altar,
ni el rayo, siendo esclavo del humanal anhelo,
ni el humo de las máquinas, incienso que del suelo,
en honra del trabajo se eleva sin cesar,

Venid, hoy no pulsemos la cítara querida
para cantar las flores, ni la cerúlea mar,
ni la primera lágrima del alma dolorida,
ni entre borrascas náufraga la esencia de la vida,
ni los recuerdos dulces del amoroso hogar.

Dejad la épica trompa que ensalza las acciones
del héroe sanguinario, desdoro de su edad,
que agita entre sus brazos las miserables naciones
y fiero y delirante, haciéndolas girones,
arrastra y pisotea la pobre humanidad.

Dejad hoy los estragos horribles del combate,
el ¡ay! del moribundo, la furia del cañon,
y el himno de la gloria que elevan al magnate,
aquellos que no sienten, que bajo el pecho late
un corazon, que acusa su vil adulacion.

Y un cántico sublime, brotando armonioso
de vuestro noble pecho, venid hoy á entonar,
para cantar al génio, que vive esplonderoso,
sin que sus piés se hundan en antro tenebroso
relleno con la sangre que supo derramar,

Cantad al génio ilustre, á aquel que en su boardilla
ahogó rancias edades ante la nueva luz,
que fabricó en su mente la octava maravilla,
llevando para asombro el habla de Castilla
por cuanto el cielo cubre con su azulado tul.

Cantad al poderoso ingénio sobrehumano
que á España dió renombre, que honró la humanidad,
y, sin blandir el látigo terrible del tirano,
supo con su sonrisa cambiar en humo vano
el bárbaro cimiento de aquella sociedad,

Él arrancó á los siglos su señorial trofeo,
un mundo real su mente sublime elaboró,
y audaz, subiendo al cielo, cual nuevo Prometeo,
para animar los séres que engendra su deseo,
la llama del espíritu á Dios arrebató.

¿Qué importa que la tierra negárale la calma,
si ella le sirve luego de excelso pedestal?
si sufre, y llora, y muere del mártir con la palma,
la vida de los génios, empieza cuando el alma
sacude en el sepulcro su cáscara mortal.

Su esencia se hace fuerte en el terrible embate
del mundo, que le niega la paz del corazon,
y brota luz su espíritu en medio del combate,
cual brota luz la nube, que el huracan abate,
lanzando de su seno la ardiente exhalacion.

Vates, en quienes radia del limpio sol ibero la emanacion luciente, que el sacro fuego os da, venid en almo coro, y un himno placentero de honor y de alabanza alzad, y el orbe entero á la española gloria tributo rendirá.

Cantad hoy mil loores, cantadlos á porfia al genio de Cervantes, que digna empresa es, y si la patria tiene laureles todavía, venid, venid radiantes de orgullo y de alegría, para labrar con ellos la alfombra de sus piés.

Antonio Rubio.

EL CANTO DE LOS NIÑOS.

Era la hora del crepúsculo vespertino de un hermoso día de primavera. Las sombras empezaban á vencer los últimos moribundos rayos del sol que se ocultaba en el occidente, como si se hubiera fatigado de deslumbrarnos con sus resplandores. Bullia entre las espesas hojas de los árboles una brisa perfumada, que deleita con sus ricos aromas, y cuyo túbio soplo vestia en torno languidez y sensualidad...

Aquella tarde se habia apoderado de nuestra alma una de esas tristezas indefinibles, uno de esos estados morbosos del espíritu, si así puede decirse, que los ingleses nos han dado para clasificarle el nombre de *spleen*, aunque ya teníamos el de *múrria*, que en viejo castellano quiere decir lo mismo.

Habíamos paseado y corrido calles pero sin dejar jamás el fastidio que nos abrumaba. Antes de salir de casa, intentamos leer; pero cuantas páginas habríamos delante de nuestros ojos, siquiera fuesen humorísticas ó estuviesen impregnadas de la sonrisa burlona y epigramática de Quevedo, flotaba en ellas algo del género amarillento de Yung ó de Radclif. Y era que nuestros ojos leían hácia adentro y pugnaban por traducir las sombras indescifrables de nuestro cerebro.

Tomamos por lo tanto la determina-

cion de ponernos más en contacto con el mundo exterior, y sin darnos cuenta de nada, salimos. ¿A dónde? lo ignoramos. Podemos decir solamente que á poco regresábamos á nuestra vivienda, por la cuesta de la Vega, ménos intensa la calentura de aquellos dolores incógnitos, pero más acentuada si cabe la melancolía. El ejercicio habia sido violento y al pasar por delante de la plazuela de Oriente quisimos descansar y nos sentamos.

Todas las personas que habíamos amado, aparecian en rápido monton ante nuestra glacial mirada envueltas en blancos y vaporosos sudarios; todas las ilusiones que habíamos perdido, todos los sueños que el mundo habia desbaratado, todas las esperanzas que habíamos dejado entre las zarzas del camino de la vida, todo se alzaba delante de nosotros y por primera vez pensamos en la muerte con la fruicion, con el encanto y el deleite con que el enamorado piensa en el himeneo que ha de ponerle en la plena posesion del objeto de sus ensueños.

Han pasado muchos años y el recuerdo de aquella tarde nos apena todavía.

Habíamos oido el sordo murmullo que despiden todas las grandes poblaciones cuando se sale fuera de su seno.

Nos habíamos acercado en la Virgen del Puerto á los corrillos que entonan esos cánticos prolongados y monotonos de nuestras provincias del Norte, y todos esos ruidos nos lastimaban como el martilleo al que siente dolor en las sienas, y volviamos apresuradamente la espalda.

En el momento de sentarnos en la plazuela era tal nuestro decaimiento, tal nuestra tristeza, que habíamos perdido hasta el sentido de la percepcion.

Sin embargo, nuestros ojos empezaron á fijarse en algo que logró sobre ellos la fuerza de la atraccion.

¿Qué era ello? ¿Acaso alguna de esas mujeres de talle ondulante y esbelto, de

rostro hechicero, prendidas con la coquetería y la elegancia más admirables?

No. La copa de los placeres aplicada á nuestros lábios no hubiera disipado siquiera una de las revueltas nubes que entoldaban el cielo de nuestro espíritu. Era necesario para ello algo más puro, inocente y celestial.

Teníamos en frente de nosotros un corro de niños. A la luz indecisa del crepúsculo veíamos sus rostros, sus rostros pintados como las rosas en las primeras horas de la alborada, sus lindos trajes con los colores más vivos.....

Cantaban.

¿Qué cantaban?

Que no se me pregunte qué cantaban. Cuando los niños apenas saben hablar, ó si hablan dan unos giros tan imperfectos á sus ideas, ¿qué pueden cantar?

Pero ¡ay! ese sonsonete, esas dos ó tres notas que salen de aquellas gargantas argentinas, ese timbre, fresco como el primer botón de una flor, nos embelesaba, y embelesándonos robaba á nuestra alma el flúido que la ennegrecia.

Nunca, ni las notas más inspiradas de los mejores maestros italianos, habian llevado á nuestro sér una impresion más dulce y tierna.

Y cuando las estrellas empezaron á tachonar el azul purísimo del cielo, cuando sentimos apagarse cerca la armonía de aquellos coros de verdaderos ángeles, tuvimos miedo de que volviera á abrirse la negra sima sobre cuyo vértice habíamos permanecido algunas horas.

¡Felices ellos, decíamos contemplándolas con verdadera envidia! Felices ellos que no llevan ni una ligera arruga en el corazon, que todavia en los abrojos de la vida no clavaron sus piés, y sus manos! ¡Felices los que cantan sin que á su acento pueda mezclarse la más ligera nota de dolor!

Y al dejar de percibir sus cánticos que

esparcian como suave bálsamo en nuestra alma, no pudimos ménos de recordar que nosotros tambien habíamos sido niños, que habíamos contemplado el porvenir cubriendo de ópalo y grana, color que juzgábamos cual venturoso símbolo y que no era otra cosa que los resplandores de la hoguera donde habian de convertirse más tarde en pavesas nuestros ensueños de gloria y felicidad.

Madrid Abril de 1876.

Evaristo Escalera.

ALBUM POÉTICO.

MÁS ALLÁ.

AL SR. CONDE DE CHESTE.

Para evitar el sufrir
que en toda verdad se advierte,
la vida corta la muerte
cuando se empieza á vivir;

Y el hombre solo respira
en este mundo pequeño,
mientras que dura ese sueño
de ignorancia y de mentira.

A la luz de la verdad
tan solamente despierta,
cuando está la tumba abierta,
lecho de una eternidad.

No viésemos con horror
del mundo la senda impura
si durase la ventura
igual tiempo que el dolor.

Mas el destino inconstante
con mano devastadora
de dolor nos da una hora
y de ventura un instante;

Y el hombre lucha impotente
y ve á sus piés un abismo,
y luchan dentro del mismo
su corazon y su mente.

¡Ay! cuando la duda fria
penetra dentro del alma,
cuando se pierde la calma
y se nubla la alegría,

¡Cuán tristes y largas son
las horas en que vacila,
y como una luz oscila
la fé en nuestro corazon!

distinguir Leocadia los colores de unos damascos que el aposento adornaban: vió que era dorada la cama, y tan ricamente compuesta, que más parecía lecho de príncipe que de algun particular caballero: contó las sillas y los escritorios: notó la parte donde la puerta estaba, y aunque vió pendientes de las paredes algunas tablas, no pudo alcanzar á ver las pinturas que contenia: la ventana era grande, guarnecida y guardada de una gruesa reja; la vista caía á un jardín, que tambien se cerraba con paredes altas: dificultades que se opusieron á la intencion, que de arrojarle á la calle tenia: todo lo que vió y notó de la capacidad y ricos adornos de aquella estancia, le dió á entender que el dueño della debía de ser hombre principal y rico, y no como quiera, sino aventajadamente: en un escritorio que estaba junto á la ventana, vió un crucifijo pequeño todo de plata, el cual tomó, y se le puso en la manga de la ropa, no por devoción ni por hurto, sino llevada de un discreto designio suyo: hecho esto, cerró la ventana como antes estaba, y volvióse al lecho, esperando qué fin tendria el mal principio de su suceso.

No habria pasado á su parecer media hora, cuando sintió abrir la puerta del aposento, y que á ella se llegó una persona, y sin hablar palabra, con un pañuelo le vendó los ojos; y tomándola del brazo la sacó fuera de la estancia, y sintió que volvía á cerrar la puerta. Esta persona era Rodolfo, el cual, aunque habia ido á buscar á sus camaradas, no quiso hallarles, pareciéndole que no le estaba bien hacerlos testigos de lo que con aquella doncella habia pasado; antes se resolvió en decirles que arrepentido del mal hecho y movido de sus lágrimas, la

sus abuelos, que vinieron á tener por dicha la desdicha de su hija por haberles dado tal nieto.

Cuando iba por la calle llovian sobre él millares de bendiciones: unos bendecian su hermosura, otros la madre que le habia parido, estos el padre que le engendró, aquellos á quien tan bien criado le criaba. Con este aplauso de los que le conocian y no conocian, llegó el niño á la edad de siete años, en la cual ya sabia leer latin y romance, y escribir formada y muy buena letra; porque la intencion de sus abuelos era hacerle virtuoso y sabio, ya que no le podian hacer rico, como si la sabiduría y la virtud no fuesen las riquezas sobre quien no tienen jurisdiccion los ladrones ni la que llaman fortuna. Sucedió pues que un dia que el niño fué con un recaudo de su abuela á una parienta suya, acertó á pasar por una calle donde habia carrera de caballeros; púsose á mirar, y por mejorarse de puesto pasó de una parte á otra á tiempo que no pudo huir de ser atropellado de un caballo, á cuyo dueño no fué posible detenerle en la furia de su carrera: pasó por encima dél, y dejólo como muerto tendido en el suelo, derramando mucha sangre de la cabeza.

Apenas esto hubo sucedido, cuando un caballero anciano que estaba mirando la carrera, con no vista liereza se arrojó de su caballo, y fué donde estaba el niño, y quitándole de los brazos de uno que ya le tenia le puso en los suyos, y sin tener cuenta con sus canas ni con su autoridad, que era mucha, á paso largo se fué á su casa, ordenando á sus criados que le dejasen y fuesen á buscar un cirujamo que al niño curase. Muchos caballeros le siguieron lastimados de la desgracia de tan hermoso niño, porque luego salió la voz que el atropellado era

Luisico, el sobrino de tal caballero, nombrando á su abuelo. Esta voz corrió de boca en boca hasta que llegó á los oídos de sus abuelos y de su encubierta madre: los cuales, certificado bien del caso, como desatinados y locos salieron á buscar á su querido, y por ser tan conocido y tan principal el caballero que le había llevado, muchos de los que encontraron les dijeron su casa, á la cual llegaron á tiempo que ya estaba el niño en poder del cirujano. El caballero y su mujer, dueños de la casa, pidieron á los que pensaron ser sus padres que no llorasen ni alzasen la voz á quejarse, porque no le seria al niño de ningún provecho. El cirujano, que era famoso, habiéndole curado con grandísimo tiento y maestría, dijo que no era tan mortal la herida como él al principio había temido.

En la mitad de la cura volvió Luis en su acuerdo, que hasta allí había estado sin él, y alegróse en ver á sus tios, los cuales le preguntaron llorando que cómo se sentía.

—Respondió que bueno, sino que le dolía mucho el cuerpo y la cabeza.

Mandó el médico que no hablasen con él, sino que le dejasen reposar: hízose así, y su abuelo comenzó á agradecer al señor de la casa la gran caridad que con su sobrino había usado.

A lo cual respondió el caballero que no tenia que agradecerle; porque le hacia saber que cuando vió al niño caído y atropellado, le pareció que había visto el rostro de un hijo suyo, á quien él queria tiernamente, y que esto le movió á tomarle en sus brazos y traerle á su casa, donde estaria todo el tiempo que la cura durase,

con más fuerzas de las que su tierna edad prometía, se defendió con los pies, con las manos, con los dientes y con la lengua, diciéndole:

—Haz cuenta, traidor y desalmado hombre, quien quiera que seas, que de los despojos que de mí has llevado, son los que pudiste tomar de un tronco ó de una columna sin sentido, cuyo vencimiento y triunfo ha de redundar en tu infamia y menosprecio; pero el que ahora pretendes no le has de alcanzar sino con mi muerte: desmayada me pisaste y aniquilaste, mas ahora que tengo bríos, antes podrás matarme, que vencerme; que si ahora despierta sin resistencia concediese tan abominable gusto, podrías imaginar que mi desmayo fué fingido cuando te atreviste á destruirme.

Finalmente, tan gallarda y porfiadamente se resistió Leocadia, que las fuerzas y los deseos de Rodolfo se enflaquecieron, y como la insolencia que con Leocadia había usado no tuvo otro principio que de un ímpetu lascivo, del cual nunca nace el verdadero amor que permanece, en lugar del ímpetu que se pasa, queda, si no el arrepentimiento, á lo menos una tibia voluntad de segundalle. Frio pues y cansado Rodolfo sin hablar palabra alguna, dejó á Leocadia en su cama en su casa, y cerrando el aposento, se fué á buscar á sus camaradas para aconsejarse con ellos de lo que hacer debía.

Sintió Leocadia que quedaba sola y encerrada, y levantándose del lecho, anduvo todo el aposento, tentando las paredes con las manos, por ver si hallaba puerta por do irse, ó ventana por do arrojarse: halló puerta, pero bien cerrada, y topó una ventana que pudo abrir, por donde entró el resplandor de la luna tan clara que pudo

mo les mostró el crucifijo que había traído, ante cuya imagen se renovaron las lágrimas, se hicieron deprecaciones, se pidieron venganzas y desearon milagrosos castigos: dijo ansimismo que aunque ella no deseaba venir en conocimiento de su ofensor, que si á sus padres les parecía ser bien conocelle, que por medio de aquella imagen podrían, haciendo que los sacristanes dijese en los pulpitos de todas las parroquias de la ciudad que el que hubiese perdido tal imagen la hallaría en poder del religioso que ellos señalasen; y que así, sabiendo el dueño de la imagen, se sabría la casa y aun la persona de su enemigo.

A esto replicó el padre:

—Bien habeis dicho, hija, si la milicia ordinaria no se opusiera á tu discreto discurso, pues está claro que esta imagen hoy en este día se ha de echar ménos en el aposento que dices, y el dueño della ha de tener por cierto que la persona que con él estuvo se la llevó, y de llegar su noticia que la tiene algun religioso, antes ha de servir de conocer quién se la dió al tal que la tiene, que no de declarar el dueño que la perdió; porque puede hacer que venga por ella otra á quien el dueño haya dado las señas; y siendo esto así, antes quedaremos confusos que informados, puesto que podamos usar del mismo artificio que sospechamos, dándola al religioso por tercera persona: lo que has de hacer, hija, es guardarla y encomendarte á ella, que pues ella fué testigo de tu desgracia, permitirá que haya juez que vuelva por tu justicia; y advierte, hija, que más lastima una onza de deshonra pública que una arroba de infamia secreta; y pesu puedes vivir honrada con Dios en público, no te

pene de estar deshonrada contigo en secreto: la verdadera deshonra está en el pecado, y la verdadera honra en la virtud: con el dicho, con el deseo y con la obra se ofende á Dios; y pues tú ni en dicho, ni en pensamiento, ni en hecho le has ofendido, tente por honrada, que yo por tal te tendré, sin que jamás te mire sino como verdadero padre tuyo.

Con estas prudentes razones consoló su padre á Leoncía; y abrazándola de nuevo su madre, procuró también consolarla: ella gimió y lloró de nuevo, y se redujo á cubrir la cabeza, como dicen, y á vivir recogidamente debajo del amparo de sus padres, con vestido tan honesto como pobre.

Rodolfo en tanto vuelto á su casa, echando ménos la imagen del crucifijo, imaginó quién podía haberla llevado; pero no se le dió nada, y como rico no hizo cuenta dello ni sus padres se la pidieron, cuando de allí á tres días que él partió á Italia, entregó por cuenta á una camarera de su madre todo lo que en el aposento dejaba. Muchos días habia que tenia Rodolfo determinado de pasar á Italia, y su padre, que habia estado en ella, se lo persuadía, diciéndole que no eran caballeros los que solamente lo eran en su patria, que era menester serlo también en las ajenas.

Por estas y otras razones se dispuso la voluntad de Rodolfo de cumplir la de su padre, el cual le dió crédito de muchos dineros para Barcelona, Génova, Roma y Nápoles; y él con dos de sus camaradas se partió luego, goloso de lo que habia oído decir á algunos soldados de la abundancia de las hosterías de Italia y Francia, y de la libertad que en los alojamientos tenían los españoles.

Sonábale bien aquel: *eco li buoni palastri picioni presuto et salcivie*, con otros nombres deste jaez, de quien los soldados se acuerdan cuando de aquellas partes vienen á estas, y pasan por la estrechez é incomodidades de las ventas y mesones de España. Finalmente, él se fué con tan poca memoria de lo que con Leocadia le había sucedido, como si nunca hubiera pasado.

Ella en este entretanto pasaba la vida en casa de sus padres con el recogimiento posible, sin dejar verse de persona alguna, temerosa que su desgracia se la habían de leer en la frente. Pero á pocos meses vió serle forzoso hacer por fuerza lo que hasta allí de grado hacía: vió que le convenia vivir retirada y escondida, porque se sintió preñada, suceso por el cual las en algun tanto olvidadas lágrimas volvieron á sus ojos, y los suspiros y lamentos comenzaron de nuevo á herir los vientos, sin ser parte la discrecion de su buena madre á consollarla. Voló el tiempo, llegóse el punto del parto, y con tanto secreto, que aun no se osó fiar de la partera, usurpando este oficio la madre, dió á luz del mundo un niño de los hermosos que pudieran imaginarse.

Con el mismo recato y secreto que había nacido le llevaron á una aldea donde se crió cuatro años, al cabo de los cuales, con nombre de sobrino le trujo su abuelo á su casa, donde se criaba, si no muy rico, á lo ménos muy virtuosamente. Era el niño (á quien pusieron por nombre Luis, por llamarse así su abuelo) de rostro hermoso, de condicion mansa, de ingenio agudo, y en todas las acciones que en aquella edad tierna podía hacer, daba señales de ser de algun noble padre engendrado, y de tal manera su gracia, belleza y discrecion enamoraron á

había dejado en la mitad del camino. Con este acuerdo volvió tan presto á poner á Leocadia junto á la iglesia mayor, como ella se lo había pedido, antes que amanebiese y el día le estorbase de echalla y le forzase á tenerla en su aposento hasta la noche venidera, en el cual espacio de tiempo, ni él queria volver á usar de sus fuerzas, ni dar ocasion á ser conocido. Llevóla, pues, hasta la plaza que llaman de Ayuntamiento, y allí en voz trocada y en lengua medio portuguesa y castellana, le dijo que seguramente podia irse á su casa, porque de nadie seria seguida, y antes que ella tuviese lugar de quitarse el pañuelo, ya él se había puesto en parte donde no pudiese ser visto. Quedó sola Leocadia, quitóse la venda, reconoció el lugar donde la dejaron: miró á todas partes: no vió apenas; pero sospechosa que desde lejos la siguiesen, á cada paso se detenía, dándolos hácia su casa, que no muy lejos de allí estaba; y por desmentir las espías, si acaso la seguían, se entró en una casa que halló abierta, y de allí á poco fué á la suya; donde halló á sus padres atónitos y sin desnudarse, y aun sin tener pensamiento de tomar descanso alguno.

Cuando la vieron corrieron á ella con los brazos abiertos, y con lágrimas en los ojos la recibieron. Leocadia, llena de sobresalto y alborozo, hizo á sus padres que se retirasen con ella aparte, como lo hicieron, y allí en breves palabras les dió cuenta de todo su desastrado suceso, con todas las circunstancias dél, y de la ninguna noticia que traia del salteador y robador de su honra: dijoles lo que había visto en el teatro donde se representó la tragedia de su desventura: la ventana, el jardín, la reja, los escritorios, la cama, los damascos, y á lo últi-

La hermosa esperanza trunca
la duda que nos devora
y la luz de nueva aurora
hace que no brille nunca.

El hombre avanzando vá
del mundo por el camino,
pero no sabe, el destino
á dónde le llevará

Ni se lo puede decir,
dando á su pecho reposo,
ese libro misterioso,
el libro del porvenir.

Y así, cual bajel perdido,
vaga en el mar de la suerte,
entre la vida y la muerte,
entre el mal y el bien querido.

Y tan triste vida tiene,
que eternamente estará,
entre el placer que se va
y el desengaño que viene.

Va de la ignorado en pos,
nada que le aliente vé,
solo despierta su fé
cuando se acuerda de Dios.

El, que á los mortales da
horas dulces y serenas,
y para calmar sus penas
le ofrece un más allá;

El, que siempre escucha atento
al que su piedad implora,
que da consuelo al que llora,
que le da pan al hambriento;

Sér supremo de bondad,
á cuyo mandato gira
este mundo de mentira
bajo un mundo de verdad.

Que cuando el hombre no alcanza
en la tierra ni un consuelo,
hace que brille en el cielo
la estrella de la esperanza.

La esperanza que alimenta
nuestra vacilante fé,
que le dice al hombre—cree,
y le dice al pecho—alienta.

Y de esta existencia en pos
se halla la calma perdida,
si es que el hombre nunca olvida
que hay un suelo y hay un Dios.

Carlos Viera de Abreu.

MIRADAS.

Si el amor tras tí se va
porque tu mirada obliga,
del mirar que Dios te da
¿qué quieres que yo te diga
que no te hayan dicho ya?

Si al mirarme frente á frente
siento que mi corazón
desfallece dulcemente,
¿por qué sin contemplación
me miras tan... de repente?

Bien comprendo, vida mía,
que dando al mirar espacio
más prolongas mi agonía;
no des, pues, en la manía
de mirarme muy despacio.

Ni me mires á hurtadillas,
que si por tus ojos brillas
y alma y corazón asedias,
miradas tan pobrecillas
son miradas... casi á medias.

Mal haya tu empeño loco
de entornarlos suavemente
velando á su luz el foco:
mátame, mas de repente,
no me mates poco á poco.

¿Ya los cierras? Pues reniego
de ese cielo tan sombrío
donde no hay luz ni sosiego;
si el sol me quitas ¡Dios mío!
¿no ves que me dejas ciego?

Te aseguro por mi fé
que yo mismo ya no sé
cómo quiero tu mirar;
y aunque des en preguntar
tan solo decir podré

Que tus ojos me arrebatan,
que el no verlos me da enojos,
que los miro y me maltratan,
que yo vivo por tus ojos
y que tus ojos me matan.

Y pues que sin tino lucho
con estas vanas quimeras
ora dulces, ora fieras,
con tal que me mires mucho...
mirame como tú quieras.

Santos Pina Guasquet.

Imprenta de P. Nuñez, Corredera Baja, 43, Madrid.

CERVANTES

REVISTA LITERARIA

ÓRGANO DE LOS CERVANTISTAS ESPAÑOLES

SE PUBLICA LOS DIAS 8, 16, 23 Y 30 DE CADA MES

Los productos líquidos de esta **Revista** se destinan á la construcción de un monumento en Alcalá de Henares, levantado en el solar de la casa donde nació tan esclarecido varon, gloria y honra de España.

PRECIOS DE SUSCRICION

MADRID.....	Un mes.	4 reales.
	Tres meses.	12 »
	Seis meses.	20 »
PROVINCIAS.....	Tres meses.	15 »
	Seis meses.	30 »
	Un año.	54 »
ULTRAMAR.....	Semestre.	4 pesos.
	Un año	7 »
EXTRANJERO....	Semestre.	3 »
	Un año	5 »

No se sirve suscripcion alguna cuyo pago no sea anticipado.

La correspondencia literaria se dirigirá al Director, **Don M. Tello Amondareyn**; la económica al Administrador, **D. Eduardo Areñas**.

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION

Madrid—Desengaño, 23, segundo, izquierda—**Madrid**